

EL IMPERIALISMO Y SUS CRÍTICAS

Elisa Palacios Santos (España) ¹

El imperialismo en la época contemporánea para algunos se puede interpretar básicamente como la justa, lógica y necesaria injerencia y (por ende) dominio que ejercen las naciones autoproclamadas y con la aquiescencia de cierta parte de la comunidad internacional como las más poderosas y desarrolladas sobre otras a las que definen como fallidas, débiles, anárquicas, peligrosas, conflictivas, desestructuradas, inmorales, justificando su misión –aunque esta haya de ser militar y violenta- en aras de un mundo civilizado, en armonía, sin guerras y más democrático. Para algunos otros el imperialismo moderno se refiere a la actitud depredadora, egoísta e injustificada de principalmente Estados Unidos cuyo poder hegemónico y supremacía militar, económica y sociocultural, se erigen como el baluarte del tablero mundial.

Y en una franca actitud comprensiva del fenómeno histórico y recurrente, nos inclinamos por una crítica constructiva de dicha actitud en pro de lo que consideramos su carácter más irracional que lógico y de escasa capacidad adaptativa al entorno.

Primeramente el imperialismo contiene en su seno una serie de excesos que en nada benefician a la nación que lo practica y sus miembros por darse una preponderancia mayor a la política exterior sobre la interior: el gasto militar excesivo que una política imperialista comporta, que sólo sirve para agravar el déficit del país y que recorta presupuesto para otros sectores de desarrollo social beneficiosos internamente, reduce la intelectualidad y gestión del conocimiento; el unilateralismo en la toma de decisiones por parte de un gobierno probablemente autocrático incompatible con la verdadera democracia que por cierto proclaman y con la opinión pública interna – a modo de ejemplos véanse casos como el de la Gran Bretaña colonialista del siglo XIX o la política exterior norteamericana de la administración Bush- y que sólo aumenta el desprestigio de los gobernantes en su electorado; la seguridad interna se puede ver mermada por los recelos que suscita en otras potencias o de igual perspectiva en

¹ Licenciada en Humanidades, Master Internacional en Resolución de Conflictos y Estudios de Paz, cursando doctorado en Neuroética y Profesora del Área Internacional y de Derechos Humanos en IPES (Instituto de Promoción y Estudios Sociales, Navarra).

relaciones internacionales o en su contra, y que contemplan a aquella nación imperialista como enemiga o al menos como irresponsable, acrecentándose desde las sanciones hasta los odios pasando por las envidias y darse entonces fenómenos como un nacionalismo mal ejecutado a través de la violencia. A nuestro entender son estos motivos que claramente menoscaban el orden interno de una sociedad erigida como moderna o mejor dicho, posmoderna por sus propios líderes y miembros de la comunidad.

Por otra parte es bien conocido y ya ajado al argumento moral esgrimido por las potencias imperialistas e incluso pertrechado de algún tipo de argumento sociológico que otorga un valor científico a este tipo de política exterior. Este razonamiento ético-moral encuentra su base en concepciones como estas:

-por un lado colocar la vara de medir en cuanto al grado de desarrollo, progreso y civilización más óptimo en los países de occidente en detrimento del resto cuya expresión sociocultural, política y económica se realiza en otros términos inapropiados, inoperantes e inferiores.

-por otro comparar la supervivencia de los organismos vivos más aptos en el estado de naturaleza con los grupos sociales más fuertes que sobreviven en la lucha permanente de la existencia y que refleja efectivamente quiénes han de sobrevivir y dominar.

Ambos supuestos no se corresponden con una prueba científica de veracidad, se manifiestan sin ningún tipo de consenso sino como simple dogma, -algo que no parece ser muy compatible con ese civismo que pretender hacer extensivo-, parece además como mínimo cuestionable y susceptible de análisis que esos estados que consideran fallidos y que pretenden enmendar resulten verdaderamente un peligro serio para la supervivencia del grupo (de la Humanidad) o sean inferiores, y por último aplicar las mismas leyes de la biología al estadio social interhumano, no nos parece tampoco una tesis muy coherente y fiable, por no decir absolutamente a-científica.

Estos argumentos teórico-políticos arguyen que el imperialismo es la implantación de la democracia –como si ésta fuera un bien inmueble- en aras del bien común universal, y desde su nación, ya en paz interna y sin conflictos, traslada a los estados fallidos esa paz social interna y en lo referente a las relaciones internacionales, para todo lo cual puede pensarse en un poder homogeneizador a través de la democracia con todo lo que conlleva homogenizar a más de 6.500 millones de individuos con que a día de hoy cuenta nuestro planeta.

También el imperialismo se ve justificado con argumentos filosóficos como el *hobbesiano* donde se cree en la maldad connatural de la especie humana que debe ser administrada a través de un poder coercitivo que pueda ofrecernos las nociones de “justo” e “injusto” y controlar el estado salvaje en que el sujeto primitivo se encuentra previo al contrato social. Este argumento lleva a los imperialistas a pensar que la fuerza es el camino indeclinable hacia un estado de paz perpetuo, insistiendo incluso en que la democracia no se puede instaurar de primera mano en países corruptos porque no sabría gestionarse, remedio para lo cual es necesaria más guerra y sometimiento hasta que ese país pueda realmente sostenerse en la transparencia y la cooperación. (Robert Kaplan, *La anarquía que viene*). Se habla de la inevitable injerencia militar: aunque sea triste la

guerra es el único remedio para gobiernos que viven en el terror, sin dejar de ser un problema moral, pero resulta inevitable elegir entre *contener* y/o dejar al tirano que siga gobernando, o lanzar una ofensiva a pesar de las bajas en la población y los desastres derivados. Esto enlazaría con la ética utilitarista de que algunos filósofos públicos –en clara diferenciación con la filosofía política- se hacen eco al introducirnos la teoría *del mal menor* y *mayor*, lo que significa en todo este embrollo que es más beneficiosos y útil a todas luces, evitar un mal mayor con un mal menor, dando por supuesto que su intuición sobre la determinación de dichos males es la más justa y pertinente.

Hay otro fenómeno en toda la cuestión del imperialismo y que se relaciona con el aspecto más puramente psicológico. El ser humano posee una gran capacidad de autoengaño que con las estrategias apropiadas de condicionamientos externos sumado a su vulnerabilidad por el estado de bienestar ciertamente adormecedor en que nos encontramos, es material fácilmente maleable. Y a veces el problema no está ni siquiera aquí, sino en que los imperialistas se creen de verdad sus propias palabras y no son plenamente conscientes de los actos de su gobierno, o por desconocimiento directo, o por des-responsabilizarse, o por cualquier otro motivo presumiblemente absurdo.

Hobson hablaba en su obra *Estudio del imperialismo* sobre las “palabras enmascaradas” y con razón, términos del lenguaje imperialista, “*frases tramposas, vagas, altisonantes, engaños deliberados. (...) “Su mayor gloria es su libertad”, “emisario de la civilización”, rectificación de fronteras”, “esfera de influencia”, “ocupación efectiva”, “anexión”* .

En la hermenéutica del imperialismo y su monólogo interior se encuentran así capítulos de dudosa credibilidad como los citados y parece lógico pensar que un sistema de gobierno que se repite en la historia de la Humanidad la cual por su parte continua en desorden, debe al menos someterse a una más que justificada crítica que ponga en tela de juicio sus principios más fundamentales.

Ahora bien, una serie de preguntas muy oportunas por apremiantes de toda esta exposición se nos antojan: ¿cómo acabar con la anarquía, la corrupción, la desestructuración, la guerra, las veleidades del proceder autoritario...en el mundo?, ¿qué hacer ante sistemas que consideran la guerra un instrumento político, siempre con amenazas mutuas, luchas intertribales, con actores no estatales que gobiernen de forma paralela a la ley establecida?, ¿cabe un *imperialismo defensivo*?

¿Cómo conseguir un sistema basado en la transparencia e interdependencia mundial?, ¿cómo conseguir orden, organización y estabilidad, aplicar el principio de voluntariedad?, ¿cómo disponer o devolver a ciertos países a la senda del desarrollo y el crecimiento sostenibles y en consonancia con la supervivencia humana?

“*Libertad, seguridad comunes, sin dominación étnica sino con el reino de los principios legales, cada uno tiene su participación en el gobierno, no hay un único país que domina y la burocracia está sometida a control...*” (Cooper, Art. *El nuevo imperialismo liberal*)

Sin poder ofrecer una respuesta a tan complicadas cuestiones, en algunas partes que ya serán evidentes al lector tras toda esta exposición, quedamos suscritos a algunas de las palabras de Hobson que pensamos son de total actualidad: “*el imperialismo*

moderno no ha trasplantado las libertades cívicas y políticas de sus metrópolis a ninguno de los vastos territorios que, a partir de 1870, han caído en poder de las potencias civilizadoras occidentales. En el plano político, el imperialismo moderno ha supuesto una propagación de la autocracia.”

Y por otra parte:

“ (...) una sociedad con sistema racional de autogobierno, con competencia activa entre sus miembros, que fomenta la enseñanza y la creatividad, no precisa para conservarse y progresar una forma primitiva de lucha”